

le habían rodeado de aura popular. Su caballo negro les parecía a muchos el corcel de la victoria; era un pedestal. Boulanger satisfacía esa afición al *penacho* que alienta en todo buen francés — Enrique IV, Luis XIV, Napoleón —, impulso que en la gran hora de la victoria ha debido de sentirse un poco defraudado al ver que la gloria recaía en mariscales austeros, sencillos, modestos, sin *pose* ni jactancia.

Los Gobiernos de la República no se arredraron ante Boulanger y el boulangismo. Sucesivamente destituyeron, expulsaron del Ejército y procesaron y condenaron al general revoltoso. La estrella de Boulanger fué breve como las estrellas fugaces que se ven en las noches de verano. Un abogado le dió una estocada en un duelo; huyó a Bruselas, temeroso de la condena (se cuenta que el Gobierno le hizo avisar por bajo de cuerda, tendiéndole el lazo de la huída; fugitivo, estorbaba menos que preso en una fortaleza). Acabó suicidándose sobre la tumba de su amante, como un galán romántico de 1830.

Más grave fué el peligro del *affaire*. ¡Se mezclaban allí tantas cosas, el prestigio del Ejército, el secreto de las relaciones internacionales, el antisemitismo, la conspiración monárquica y aun eclesiástica! No se trataba de un hombre, de un pretendiente a César, sino de un vasto conflicto, en que la razón de Estado podía colocarse enfrente de la verdad y la justicia. Doce años duró la lucha. Caían rápidamente los Gobiernos, se alteraba el orden a cada paso en las calles de París, parecía Francia al borde de la guerra civil, mas la firmeza política no se desmintió; paso a paso la verdad se puso en marcha. La disciplina del Ejército se mantuvo con una inflexible severidad; se adoptaron graves medidas de Estado, como la expulsión de las Ordenes religiosas, en que pagaron igualmente justos y pecadores. Se dió, en suma, al cabo de un largo y porfiado combate, una sensación de justicia, de fortaleza, de continuidad política.

Ninguna de las grandes naciones de Europa ha pasado por tantas y tan graves crisis. En ellas se ha demostrado cómo la democracia puede ser un instrumento de gobierno tan firme, tan consecuente y perseverante como los poderes personales y los regímenes autoritarios. Son las cualidades del pueblo, se dirá; mas entonces la proclamación del fracaso de la democracia llevaría aneja una declaración de incapacidad y de inferioridad nacional, que ningún pueblo puede admitir de buena gana, sin caer en el extremo de la humillación.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(El Sol, Madrid).

# San Quijote de la Mancha

Salamanca, 1923

MR. H. G. Wells, el novelista inglés, nos es profundamente simpático por lo mismo que es antipático a casi todos los idiotas. Y aquí conviene que definamos esto de idiota — en griego: hombre particular, o privado — diciendo que es el que no tiene más que sentido común, el que no discurre más que con lugares comunes y que por lo tanto odia las paradojas. Mr. Wells forjó paradojas y hace luego juegos malabares, malabariza con ellas, y, cuando, al fin, esas paradojas han logrado entrar en el sentido común de los idiotas, éstos las convierten en lugares comunes, las clasifican y etiquetan y las meten en unas cajitas donde las tienen guardadas para enseñárselas a sus hijos.

A Mr. Wells le preguntaron por los seis más grandes hombres de la historia y en vez de mandarle a paseo al humorista — o acaso idiota, si tomaba la pregunta en serio — que se lo preguntó, contestó diciendo que eran Cristo, Buda, Aristóteles, Asoka, Roger Bacon y Lincoln. ¿Verdad que es divertido? Y ello ha servido, por lo menos, para que muchos se hayan preguntado: "¿y quién fué Asoka?" Lo cual, lector, debe importarnos muy poco. Dejemos, pues, a Asoka.

Esta divertidísima, humorística y paradójica respuesta de Wells a una pregunta divertidísima, humorística y paradójica, ha dado motivo a que otros escritores hayan terciado y escrito cosas bastante divertidas también. Y Wells, a su vez, ha replicado y al replicar se ha metido con Shakespeare. Que en Inglaterra es peor acaso que meterse con Cristo y tan grave como aquí meterse con Cervantes. ¡No siendo los cervantistas que se meten con él a cada paso y le dejan al pobre!... Pero lo que no se le ha ocurrido a Wells, y eso que es ocurrente, es si Buda no es creación de algún Shakespeare indio, si tiene más realidad histórica que Hamlet, como Aquiles creación de Homero o de quien sea, y el mismo Cristo, según algunos... ¡impíos ¡claro! creación poética, mito, de alguna comunidad judía.

Y cuenta que al decir que acaso Buda no tenga más realidad histórica que Hamlet no es que se la neguemos, sino todo lo contrario. Los que conocen nuestra filosofía de la historia — "anch'io sono pittore" — expuesta en nuestra *Vida de Don Quijote y Sancho* — cuya tercera edición acaba de publicarse — saben que creemos que Don Quijote y Sancho tienen más realidad histórica que Miguel de Cervantes

Saavedra — y más que la del que esto escribe — y que lejos de ser éste, Cervantes, el que creó a aquéllos, son ellos los que crearon a Cervantes. Y vamos a emprender una campaña para que se canonicé a Don Quijote, haciéndole San Quijote de la Mancha. Y si la Iglesia Romana, que ha canonizado a no pocos sujetos poéticos de menos realidad histórica que Don Quijote, se opusiera a ello, podría ser llegado el Momento del cisma y de constituir la Iglesia Católica — es decir, Universal — Española, Quijotesca.

Hay quienes viven en un mundo de hielo, de agua sólida o congelada, con nubes, o sea agua en estado nebuloso y a las veces vapor, encima; entre el documento histórico y la pseudo leyenda. Y estos tales no se dan cuenta del agua líquida, fluyente, de los ríos y arroyos que arrastran témpanos y de donde brota bruma. No tienen sentido histórico.

Si al que esto escribe se le preguntara por los seis más grandes hombres de la historia española, no sabría responder, pero obligado a ello, no omitiría Don Quijote, Sancho Panza, Segismundo, Don Juan Tenorio, Pedro Crespo, San Isidro Labrador y... ya van seis y es lástima que no quepan el Cid, Pizarro, Prim y otros mitos más.

Dicen que Simón Bolívar — ¡otro mito! — solía decir que los tres grandes majaderos de la historia habían sido Cristo, Don Quijote y él, Bolívar. Y teniendo en cuenta que majadero es un instrumento para majar, resulta que el dicho, por más que a un cristiano irreverente pueda parecerle irreverente, no está mal, pues ¡cuidado con lo que majaron Cristo, Don Quijote y Bolívar! ¡Y con lo que siguen majando!

Y una de las cosas que prueban mejor la genialidad paradójica — aunque de no ser paradójica no sería genialidad — de Bolívar, es que se puso al lado de dos a quienes él debía de creer míticos, pues Bolívar, que habría leído a Volney, no estaría muy seguro de la realidad histórica del Cristo al modo que la entienden los idiotas.

No hace mucho que un amigo nuestro que acababa de leer la formidable novela de Emilia Brontë, titulada *Wuthering heights* — traducida y publicada recientemente en español con el título de *Cumbres borrascosas* — nos preguntaba que de dónde pudo sacar a Heathcliff, ese prodigioso ejemplo de pasión trágica, aquella pobre muchacha, hija de un pobre clérigo, que murió soltera a los treinta